

LECCION PRIMERA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, la necesidad y ventajas de una buena confesión.

El alma devota de María santísima.— Madre mía, permitid que me postre á vuestros sagrados pies, á hacerlos la visita, que previenen las leyes de vuestra Corte. ¿Quién soy yo para hacerlos la Corte? Madre mía, perdonad; ha habido en mí un momento de atrevido pensar, en que olvidado de quien soy yo, creí hacerlos favor y que ya era yo muy buena cuando así os obsequiaba, perdonad; ¡yo, que aun no me he convertido de veras á Dios! ¡yo que os debo tanto! ¡oh vanidad de mi corazón; una visita al mes . . . ¡cuán poca cosa es para obsequiar á la Reina de los ángeles y qué poco muestra este obsequio el agradecimiento que la debo! . . . perdonad; no sé cómo buscar excusas á mi orgullo y confesar mi poco cariño. Perdonad, y vedme á vuestros pies humillada.

La Virgen María.—Levántate, hija mía, el amor que te tengo suple tus

defectos; levántate y di con franqueza lo que quieres.

Alma.—¿Qué diga? ¡Oh Señora cuanta bondad es la vuestra! ¿qué pida? ¿qué cosa soy digna yo de pedir? yo quisiera amaros, quisiera servir á vuestro hijo JESUS, quisiera ser buena, quisiera convertirme de veras á Dios, pero yo conozco que he de mudar mis costumbres, mis ideas, mis palabras ¡ah! ¿cómo puede ser esto?

La Virgen.—No te apures, hija mía, que todo es posible con el auxilio de mi hijo JESUS. Empezaremos con método y acabaremos con perfección. ¿Has hecho alguna vez una confesión entera y general de todos tus pecados?

Alma.—No, Madre mía.

La Virgen.—Pues esto es lo primero. Porque has de saber que mi Hijo aborrece el pecado y yo también, y Él no puede, ni yo tampoco, favorecer á una alma que está en pecado, como no sea el salir de él; inútil es que pidas si estás en pecado; nada que merezca la vida eterna te puedo dar, aunque yo quiera.

Alma.—¡Ay Madre mía! yo siento

mucho haberos ofendido y el haber ofendido á JESUS vuestro Hijo, y me acuso de todos mis pecados.. y os ofrezco no volver á cometerlos.

La Virgen.—No basta eso, hija querida, pues aunque JESUS ha puesto en mi corazón tesoros de bondad y de misericordia, no me ha dado el poder de absolver los pecados y ha querido desprenderse de él y comunicarlo á los sacerdotes; á ellos pues, es precisó que vayas.

Alma.—Pero.....

La Virgen.—¿Qué?

Alma.—No; nada. . .

La Virgen.—Nada, no es posible, pues tu semblante alterado demuestra que ocultas algo. Habla. . .

Alma.—Como he visto tantas cosas... y hay sacerdotes que....

La Virgen.—Prosigue.

Alma.—Que si son malos ¿como me pueden absolver?

La Virgen.—Qué disparate dices, hija mía; si un amigo muy rico te envía un dinero por mano de un hombre infame, ¿se tornará falso el dinero? Deja tú que sean malos. ¿Qué te importa?

¿eres acaso su juez? ellos darán estrecha cuenta ante su Dios y serán juzgados severamente del modo como ejercieron su poder soberano; si ellos son malos peor para ellos, son médicos enfermos que tienen facultad de dar la salud á otros y no la tienen para sí, y es que el propio enfermo no se conoce; poca te importa que el médico esté enfermo ó goce de salud, lo que te importa es que su ciencia te pueda curar. Anda pues, y preséntate y recibe de su mano ese tesoro que Dios te envía. Anda confiada, que el poder de absolverte, es un poder recibido de Dios ¿No me crees?

Alma.—Y mucho que os creo, Madre y Señora... pero si Vos me permitís... como sois tan amable conmigo, yo voy á desahogar mi pecho y á decir lo que siento.

La Virgen.—Habla.

Alma.—Paréceme, Madre mía, que pudo Dios perdonarnos sin necesidad de confesar nuestros pecados con un hombre y sin la obligacion de hacerlo secretamente.

La Virgen.—Y parécete muy bien,

pues pudo Dios hacerlo de mil maneras, pero es el caso que á Jesus mi amado Hijo, plugo hacerlo de este otro modo y sujetar á los hombres á esta pequeña humillación; razones tendría para hacerlo así y yo siento mucho que no te parezca bien; ¿pero serás tan atrevida, que quieras enmendar la plana de Dios?

Alma.—Aparte el Señor tal pensamiento de mí.....

La Virgen.—Ya sé que no tuviste tal pensamiento, pues lo que tú pensaste fué, que esto de la confesión era invención humana, no ¿es verdad?

Alma.—¡Oh Señora!

La Virgen.—No tengas miedo, hija querida, son tantos los ignorantes en esta parte, y tiene el demonio tanto cuidado en embrollar las cosas, que nada extraño. Si quieres convencerte...

Alma.—¡Oh Señora! ¿que decís? me basta vuestra palabra.

La Virgen.—Bueno será que lo sepas... Si quieres tomarte la pena de leer en el Evangelio de S. Juan cap. 20 vers. 21 y siguientes.—Allí verás que mi Hijo después de resucitado,

apareció á los discípulos encerrados en el Cenáculo de Jerusalén, y soplando sobre ellos les dijo de esta manera: "Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados les serán perdonados y á los que se los retuviereis, retenidos les serán" Explica, hija mía, como quieras esté pasaje del Santo Evangelio, siempre resultará, que hizo Dios á los sacerdotes jueces de los hombres para perdonarlos ó no. Y ahora llamo yo á tu razon, ¿es posible un juicio recto sin conocimiento de causa? ¿pueden los sacerdotes juzgar de tu alma sin que tú les manifiestes su estado? Los sacerdotes tienen poder para perdonarte; pero porque tengan este poder, ¿tienen la sabiduría de conocer tu interior sin que tú se los manifiestes? En una palabra, sin que tú te confieses y manifiestes con verdad todos tus pecados con las circunstancias que los agravan, ¿pueden los sacerdotes juzgar de ellos para retenerlos ó perdonarlos? y si no retienen ni perdonan los pecados ¿cuándo, ni cómo ejercitan el poder que JESUCRISTO les comunicó?

Alma.—¡Oh Madre mía! ¿por qué

me dais estas explicaciones, cuando yo?

La Virgen.—¿Te has convencido?

Alma.—No veis como lloro.

La Virgen.—Ahora quiero añadirte, que puedes si te place llorar tus pecados y confesarlos á voces en medio de la plaza; más como esto pudiera traer graves inconvenientes, la Iglesia de mi Hijo inspirada por el Espíritu Santo, dispuso la confesión en secreto, entre otras causas, por tu bien; para hacerte más suave su yugo, para que no pierdas tu fama publicando tus maldades, para que, en fin, no dejes de confesarte por la vergüenza de hacerlo. ¿Ves ahora clara la ingratitud de los hombres? ¿ves su gran necedad? ¿que en vez de aprovecharse de un tan gran beneficio, que toda la sangre de sus venas costó á mi Hijo, declaman contra él y llaman carga pesada y yugo intolerable á lo que es dulce piedad? ¡Oh infelices hombres, pedir perdón es preciso si queréis ser perdonados, ¿pues qué vergüenza y temor no sentiríais cargados con vuestros crímenes á la presencia del Altísimo Señor, y

ante sus ángeles puros, si ante ellos hubierais de hacer vuestra confesión? Pues ¿de qué manera más bondadosa pudo portarse Dios, que instituyendo este admirable remedio y sellando con el sigilo sacramental la honra de los pecadores?

Alma.—Y si confieso mi pecado ¿está segura mi honra, Madre mía?

La Virgen.—¿Porqué lo dudas? ¿No sabes que el confesor que diga una palabra ó manifieste con un signo tu pecado, peca mortalmente? ¿y juzgas por tan relajado un sacerdote que quiera condenarse por una "nonada."

Alma.—¡Oh Madre mía! ¡Cuán avergonzada estoy!

La Virgen.—¿Por qué hija mía?

Alma.—Porque he manifestado ideas tan necias ante vuestra sabiduría.

La Virgen.—No quiero que te avergüences, lo que quiero es, que vayas y te confieses bien.

Alma.—Sí, lo haré, Madre querida, mas os suplico que pidáis mucho por mí. . . . Tengo tanto!

La Virgen.—Vaya. . . fuera preocupaciones; no quiero que mires en el con-

confesor solo un juez, quiero que veas en él un padre, un amigo que te consolara, ¡es tan dulce encontrar un amigo cuando se está en desgracia! ¿Viste un hombre envenenado cuán convulsivo y apurado anda hasta arrojar el veneno? ¡y qué tranquilo después de haberlo arrojado? pues á este modo, el que vive en pecado no puede estar en paz, sufre y se agita hasta encontrar el oído de la amistad en quien descansa. Corre á los pies del confesor que él será tu Dios, y cuando en el seno de la amistad depositado hubieres tus crímenes y fealdades, "Yo te absuelvo" dirá; y en el momento, lo que el labio humano dice, el poder divino obra, y tu alma limpia y hermosa no tendrá que temer. Corre á las pies del confesor, que si te cuesta pena y humillación trabajosa el confesar tus faltas, es pena merecida y más costó á mi Hijo, sin merecerlo, para alcanzar el perdón. Corre á los pies del confesor; más antes óyeme este consejo:—"El negocio de salvarte es el primer negocio, este negocio depende á las veces de un buen confesor, búscale

con gran cuidado, anda mucho y no pares hasta encontrarle y si lo encuentras da á Dios debidas gracias como de haber hallado un tesoro y dobla tu entendimiento á sus consejos, aunque al principio no los entiendas.

Si me amas y quieres servir á mi Hijo, este es el primer paso y más interesante. Pon todo esmero y cuidado y yo te ayudaré.

Alma.—Gracias, Madre mía; no olvidaré cuanto os habéis dignado enseñarme. Permitid que os bese los pies.

La Virgen.—Anda en paz.

LECCION SEGUNDA

En que el alma manifiesta haber encontrado la felicidad que ansiaba en la verdadera conversión.

Alma.—Ya estoy aquí otra vez, Madre querida, permitid que bese vuestros sagrados pies. . . . Bendita sea la hora en que tuve la dicha de acercarme á este altar; mil veces seais bendita, Señora, ó dulce Madre mía, y vuestros consejos benditos sean también.

La Virgen.—Bendito sea el Señor, hija mía, Él me inspiró entablar contigo tan dulce conversación, sea todo para honra y gloria suya. ¿Pero cuál es la causa de tu cariñosa exaltación?

Alma.—Cómo podéis Vos ignorarlo, ¡oh Madre mía! Seguí vuestros consejos, busqué presurosa un confesor, y cuidadosamente lo escogí. ¿Qué digo? él presentóse á mí como venido del cielo; porque entrando en la iglesia vi rezando con gran modestia un sacerdote, «ese es» me decía una voz en lo más interior, y cuando yo pretendía obedecer á ese llamamiento, acudían

en tropel á mi mente como desesperado ejército las mil y mil falsas razones que en otro tiempo me apartaron de Dios y me hicieron aborrecer los sacerdotes y aun sin querer darles oídos, era tal la violencia de la tentación que hubiera seguramente retrocedido á no venir en auxilio vuestro dulcísimo recuerdo; ¡ah! vuestro semblante cariñoso, vuestra dulce voz, vuestras enérgicas palabras están grabadas para siempre en mi corazón, y serán para mí un bálsamo consolador y un escudo de defensa. Yo acudí á vos y no fué en vano; me oísteis y reanimada mi fe y llena de gran confianza en vuestras promesas acerquéme al sacerdote. . . .

La Virgen.—¿Y te has desengañado?

Alma.—¡Ay Madre mía, y que ciegos vivimos en este mundo los hombres! Aquel buen sacerdote cuando supo mi deseo, con gran presteza y con acento cariñoso me dijo: «Venid, venid conmigo, donde nadie oiga nuestra conversación» ¡Cuánta caridad! Aquel santo sacerdote había leído en mis ojos la vergüenza que me causaba el decir mis pecados á un hombre, y caritativo y

y prudente buscaba el medio de hacerme dulce el yugo de mi Señor.

La Virgen.—¿Ves, hija mía, como no son verdades muchas cosas que se cuentan?

Alma.—Estoy bien desengañada, y ahora veo claramente que el sembrador de zizaña ha derramado sobre el pueblo cristiano mil patrañas para apartarle de los ministros del Señor, que son los canales por donde la gracia del Salvador se comunica á las gentes.

La Virgen.—Sí, hija mía, el enemigo tiene bien comprendido que para perder á los hombres es necesario apartarlos del Salvador, para lograr esto no hay como desacreditar el sacerdocio.

Alma.—Es mucha verdad, Madre querida, ¡y cuántas almas hay perdidas! ¡Oh si yo pudiera hablar á todos y hacerles conocer su engaño! Porque yo sé de cierto y la experiencia me lo dice, que no hay felicidad verdadera sino en el corazón en que mora la gracia de Dios. Si Madre mía, cuando yo amaba al mundo y sus placeres, apare-

cía á los ojos de los hombres alegre y contenta, mas no era verdad, porque la amargura y la tristeza me rodeaban siempre; todos me creían feliz porque era hermosa y rica y me brindaban los placeres, mas yo sabía que no era feliz y conocíalo claramente en el desasosiego con que buscaba siempre más, y en aquel continuo desengaño que amargaba mi vida; muchas veces, cuando cerrado mi aposento me encontraba sola, suspiraba por una felicidad desconocida, y ansiaba unos placeres puros que no eran los que yo disfrutaba; ¿quién me había de decir entonces que aquellos eran suspiros y deseos de la gracia de Dios que no tenía? y cuando angustiado el corazón por la tristeza, hacia brotar de mis ojos una lágrima, sorprendida exclamaba: “¿Qué te falta? ¿qué quieres? no lo sé, contestaba.” Y seguía agitando mi mente en pensamientos de placeres lejanos y sonreía á la vista de futuras dichas . . . ¡Qué locura Madre mía! la única felicidad del hombre de mundo es la ilusión de placeres lejanos, de futuras dichas que su imaginación agran-

da y que la realidad empequeñece; yo lo sé muy bien esto, porque al recordar los placeres que aquel mismo día había disfrutado, mis mejillas se enrojecían y hubiera muerto de vergüenza si un hombre honrado me hubiera sorprendido. No eran dignos de mí, Madre querida, ¿cómo podía ser feliz?

La Virgen.—¿Pero no vivías rodeada de gentes que te amaban?

Alma.—Es verdad, ni uno sólo comprendía mis sentimientos, ni mucho menos supo corresponder á ellos. Mas despues de haberme reconciliado con Dios; yo soy feliz; porque la divina gracia que habita en mí me ha enseñado que *soy hijo de Dios*. ¿Cómo puedo ambicionar los honores de la tierra? tengo por herencia el cielo. ¿Quién más rico que yo? La suavidad de la paz me inunda, la alegría de la reconciliación me llena toda; yo soy feliz, porque aunque esté sola, vive conmigo mi Dios, que me comprende y me ama.

La Virgen.—Bien, muy bien, hija mía, veo que aprovecharon mis consejos y esto me anima á darte otros nuevos.

Alma.—Hablad, Señora.

La Virgen.—Oye bien mis palabras y grábalas en tu corazón.

Alma.—Bien sabéis ¡oh Reina y Señora mía! que vuestras palabras son para mí un tesoro, que guardo con grande esmero.

La Virgen.—Escucha, pues; aquella dichosa alma, que como la tuya ha sabido limpiarse del pecado mortal, vive en posesión del Espíritu de Dios; y desde el día en que entró en tan buen camino y en tan dulce compañía, debe esforzarse en hacer obras dignas de aquél que Dios posee.

Alma.—Eso deseo, Madre mía.

La Virgen.—Pues, manos á la obra.

Alma.—¡Ah! ¡Si yo tuviese otro genio! pero teniendo un genio tan malo como el que tengo.....

La Virgen.—¿Qué es lo que dices? Todas las criaturas inteligentes han sido creadas para amar y servir á Dios, cada cual en su esfera, según sus fuerzas y genio; si no llegan á cumplir su fin, no será culpa del genio ni de las tentaciones, ni de otro estorbo del mundo; pues aunque estas cosas hacen mo-

lesto el camino, jamás arredrarán al viajero prudente, que previniendo los ataques se reviste de fortaleza.

Alma.—Más ¿dónde, Madre mía, encontrará su fortaleza quien es como yo tan miserable y tan flaca?

La Virgen.—En mi hijo Jesús: ¿no has oído decir que San Pablo al sentir la influencia de la divina fortaleza exclamaba entusiasmado: “Todo lo puedo en aquél que me conforta?” Pues Pablo tenía un genio fogoso y antes de convertirse, su genio le arrastró á perseguir á los cristianos; pero mi Hijo Santísimo le rindió en el camino de Damasco y derribándole del caballo, á la vista de la verdad se convirtió y desde aquél momento Pablo mudó el objeto de su genio; él que fogoso era antes, fogoso fué después, pero fogoso en defender la religión que perseguía. ¿Y no has oído hablar de María Magdalena? Su genio enamorado arrastrábala al vicio y llevada de esta fatal propensión, vivía envuelta en las vanidades del mundo; pero mi Hijo tocó su corazón y se convirtió, y sin destruir su genio, mundando sólo el ob-

jeto en que hasta entonces se cebaba, vino tierna á enamorarse del Corazón de Jesús. ¿Ves como el genio nada impide?

Alma.—Es verdad, Madre mía.

La Virgen.—Pues bien, si tienes el genio amable, enamórate de JESUCRISTO mi Hijo, el mismo que vive escondido por vuestro amor en la *Hostia Consagrada*; y no se quedó allí, ciertamente para estar solo, sino para favoreceros y para ser el objeto de vuestros obsequios y cariños. Conságrate al servicio de los pobres y desconsolados, miembros dolientes de JESUCRISTO; y entiende bien, que cuanto por estos hagas ó padezcas, recíbelo mi Hijo, como hecho á su misma persona. Mas si tu genio es fogoso, emprende con empeño la mortificación de tí misma en verdadera humildad.

Alma.—Gracias, Madre mía, gracias; me habéis descubierto un espacioso y bellissimo camino por donde debo andar en busca de lo que quiero, permitid, Señora, que reverente os pida un guía que.....

La Virgen.—Yo lo seré para tí...

Alma.—Tanta bondad.

La Virgen.—Lo que quiero es que sepas aprovecharte. Hasta otro día.

LECCION TERCERA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, que todas sus luchas interiores son tentación, pero que no tienen por qué temer estando en gracia de Dios.

Alma.—Ya estoy aquí, Señora, por la tercera vez, atended á mis humildes súplicas y prestadme vuestros auxilios.

La Virgen.—Qué ¿has vuelto á pecar, hija querida?

Alma.—Por la misericordia de mi Señor JESUCRISTO y por vuestra eficaz protección, no he sufrido esa tan grave desgracia; pero ¡cuánto padezco, Madre mía!

La Virgen.—Habla hija mía, que tengo entrañas de Madre y es mi delicia servir de consuelo á mis devotos.

Alma.—¡Oh Madre mía!

La Virgen.—¿Qué tienes, hija querida? ¿porqué lloras?

Alma.—Estoy llena de horribles pensamientos y un no sé qué de inclinación perversa y tal confusión dentro de mí, que me parece que de un momento á otro si me dejáis, voy á ofen-